

EDITORIAL

La guerra llega a nuestra sala de espera

Matthew R. Anderson

Cerca de 10,000 kilómetros separan a Bagdad de nuestro Centro Comunitario de Salud en el Bronx, el distrito más pobre de los cinco de la ciudad de Nueva York. De manera oficial, los Estados Unidos de América no están en guerra ni con Irak, ni con Afganistán; la Constitución de los Estados Unidos designa al Presidente como comandante en jefe de las fuerzas armadas, pero reserva al Congreso el poder de la declaración de guerras. A pesar de que el Congreso no ha declarado ninguna guerra desde el 8 de diciembre de 1941, hemos peleado conflictos bélicos importantes en Corea, Vietnam e Irak, así como llevado a cabo un sin fin de "acciones militares" en todas partes del mundo. En el momento actual, nuestro Presidente dice que estamos involucrados en una "guerra en contra del terrorismo" y en otra "por la liberación de Irak".

Sin duda alguna, ha sido principalmente la población civil iraquí la que ha sufrido pérdidas devastadoras durante esta guerra, hecho que ha sido bien documentado en otras partes del mundo (ver los excelentes reportajes de Medact sobre la guerra en Irak, disponibles en: www.medact.org). Sin embargo, la guerra también está presente en nuestra comunidad y en nuestra práctica médica. El hecho de que el peso de la guerra haya impactado principalmente a nuestras comunidades pobres, ha tendido a ser invisible, por lo que, en adelante, trataremos de hacer este impacto evidente.

La guerra llega a nuestra práctica médica en el Bronx de cuatro maneras distintas, pero interrelacionadas: por un lado, algunos de nuestros pacientes son soldados, lo que nos obliga a mantenernos de su lado mientras manejan de manera personal una guerra que causa miedo, es disruptiva e impopular. También atendemos a sus familiares y escuchamos constantemente la angustia de sus parientes por sus seres queridos que se encuentran en servicio fuera del país. De igual manera, brindamos atención a la gente joven que ve

en el servicio militar una opción atractiva en términos de trabajo, capacitación y educación. ¿Cómo los orientamos cuando nos comentan que están considerando enlistarse en el ejército? Y, por último, aunque de manera menos evidente, los costos de la guerra han ocasionado una reducción de los gastos sociales, incluidos los de salud (en un contexto de recorte masivos de impuestos para los ricos).

Un puñado de nuestros pacientes han prestado o están prestando actualmente sus servicios de distintas maneras en el Medio Oriente. La mayoría de ellos van a esa región como parte de sus compromisos como reserva del ejército o de la Guardia Nacional. La reserva y la Guardia Nacional son fuerzas diseñadas para permitir a los ciudadanos participar en el ejército mientras mantienen su trabajo como civiles. La Guardia Nacional surgió de las milicias del Estado y es conducida de manera conjunta por cada uno de los 50 estados del gobierno federal. Se supone que están diseñadas para dar servicio tanto en desastres locales, como para apoyar al ejército de Estados Unidos en emergencias nacionales. Sin embargo, al llamar a la Guardia Nacional, el Presidente convierte a los integrantes de esta fuerza en miembros regulares en servicio, bajo las órdenes de ejército americano. Al hacer esto, hace a las comunidades locales vulnerables frente a dichas emergencias. Aquéllos que están sirviendo en la Guardia, de manera típica, son reclutados un fin de semana al mes y entrenan por dos semanas al año. Nuestros pacientes han usado sus servicios en la Guardia para pagar sus colegiaturas en la Universidad; pero los miembros de la Guardia y los reservistas han visto perturbadas sus vidas como civiles al ser llamados al deber en el Medio Oriente, mismo que se ha extendido en el tiempo, conforme la guerra se ha prolongado.

Han habido casos de soldados llamados a servicio que no han querido ir. Unos pocos de ellos han hecho explícita su decisión moral y política de no luchar en una guerra injusta. El primer teniente Ehren Watada, originario de Hawai, se rehusó a combatir en Irak porque consideró que la guerra es ilegal, tanto bajo las leyes americanas como las internacionales (ver www.thankyouult.org/). Los individuos valientes que se niegan a servir se arriesgan a enfrentar Consejos de Guerra y si son encontrados culpables pueden ser condenados a labores forzadas en prisión.

Por tanto, la manera más común de evitar ser enviados al servicio es buscar ser diferidos o dispensados de estas tareas, usando para ello razones y licencias médicas o psicológicas. Si bien estas decisiones son personales, puede haber una dimensión política en su negativa a servir. Sabemos desde hace mucho que la justificación de esta guerra fue fabricada y que es ilegal bajo las leyes internacionales, no es popular en los Estados Unidos y la gente de Irak está resentida con las fuerzas de la "coalición" que ocupan su país. Este es un reconocimiento inconsciente de que esta guerra está más relacionada con una conquista imperial para garantizar el abastecimiento de petróleo, que con llevar la democracia a Irak.

Ayudar a los soldados que buscan ser diferidos por razones médicas es una parte integral del trabajo de los médicos encargados de la atención primaria a la salud. Por tanto, debemos estar conscientes de las reglas y los recursos que regulan a los diferimientos por razones médicas. El Gremio Nacional de Abogados (*Nacional Lawyer's Guild, NLG*) (www.nlg.org), una organización de abogados, estudiantes de leyes y trabajadores legales que apoya el cambio social progresista, provee excelentes recursos tanto para los trabajadores de la salud, como para sus pacientes. Este gremio tiene un grupo operativo militar que ha publicado extensivamente sobre temas relacionados con la ley militar y con la medicina militar (www.nlg.org/mltf/). Los estándares médicos para la dispensa militar están disponibles en su página electrónica como información específica: La *GI*

Rights Hotline (800-394-9544; desde el extranjero 215-563-4620 o www.girights.org, mismos que proporcionan orientación adecuada a los soldados en este rubro.

Pero no nada más los soldados son afectados, sus familiares vienen a la clínica con malestares somáticos indefinidos por la preocupación (dolores de cabeza, malestar estomacal, "nervios"). El consultorio del doctor es un lugar donde la gente puede llorar; mientras lo hacen, me dicen que están "fuera de quicio", debido a la angustia. Yo me imagino a una madre fuera de algún consultorio en Irak diciendo exactamente lo mismo. ¿Qué le dice el doctor? Supongo que él o ella hace lo que nosotros: escuchar, hacer preguntas, brindar apoyo solidario, simplemente ser testigos de su dolor.

Tenemos en los Estados Unidos un ejército compuesto exclusivamente por voluntarios. A menos de cinco calles de la clínica, en el muy concurrido *Grand Concourse* en el Bronx, está un centro militar de reclutamiento. Para muchos de mis pacientes jóvenes el enlistarse en las fuerzas armadas ofrece una solución a sus problemas inmediatos, conforme los fondos para la educación se ven reducidos (una consecuencia del aumento en los gastos militares) las fuerzas armada se vislumbran como uno de los poco caminos para salir de la pobreza para la juventud.

Recientemente, una joven de 19 años vino a mi consultorio quejándose de dolor de cabeza, conforme hablamos, se evidenció que el verdadero problema era que se encontraba frente a la posibilidad de la indigencia; después de una serie de pleitos con su madre, que tenía enfermedades mentales, ésta la había sido corrida de su casa. Discutimos sus opciones: vivir con otros parientes (no había ninguno disponible), con amigos (no podía estar en casa de ninguno por demasiado tiempo); la calle (había estado durmiendo en la escalera de la casa de su madre); volver a su casa, y el sistema de albergues de la ciudad de Nueva York. Finalmente, me dijo que había estado pensando en enlistarse en las fuerzas armadas, sus razones eran sencillas y estaban expuestas en los volantes que promueven el reclutamiento: "Las

fuerzas armadas pueden proveer dirección, oportunidades para construir una carrera y un ingreso seguro". Sin duda, es una oferta atractiva para alguien cuyas opciones son tan pocas, sin embargo, es importante que los jóvenes estén bien informados acerca de lo que implica su alta en las fuerzas armadas y sobre del reclutamiento. Un número de organizaciones, tales como: "Soldado Ciudadano" (*Citizen Soldier* www.citizen-soldier.org) o "Unidos por la Paz y la Justicia" (*United for Peace and Justice* www.unitedforpeace.org), proveen recursos para orientar a la gente joven y a las comunidades que se oponen al reclutamiento militar.

El hecho de que mis pacientes recurran a las fuerzas armadas como su única opción educativa, trae de regreso a nuestra casa los costos financieros de la guerra: el dinero gastado en bombas ya no podrá ser invertido en escuelas. Cuando las bombas hayan hecho su trabajo, la única educación fomentada habrá sido la del odio. Conforme se alargan las guerras en Irak y Afganistán y la lucha se dispersa hasta Líbano, se nos revertirá acá esa educación basada en odio.

Estos casos representan retos para los médicos clínicos, dado que nuestra responsabilidad es atender y asistir a nuestros pacientes. Por tanto, me pregunto: ¿Esto incluye el aconsejarlos en contra de

su posible enrolamiento en el ejército como una estrategia para mantener su buena salud, tal como lo es el decirles que deben usar cinturones de seguridad y dejar de fumar? ¿O tal afirmación es reflejo de nuestros valores personales, e inapropiada en la relación médico-paciente? ¿Es incorrecto brindarles información o hacerles saber a los pacientes -quizá a través de carteles- que hay información sobre los problemas que acarrea el darse de alta en el ejército en este mismo consultorio? Estas preguntas no son tan diferentes de aquéllas que enfrentamos en otros problemas sociales polémicos, como el proporcionar servicios para el aborto, la preocupación por poblaciones estigmatizadas o la reducción del daño.

A pesar de estas preocupaciones, parece moral y clínicamente legítimo que una función del personal de salud sea la de informar a sus pacientes sobre sus opciones, brindarles recursos, llevar a cabo asesorías médicas profesionales y referirlos adecuadamente. Aquéllos de nosotros que nos oponemos a la guerra estamos obligados como ciudadanos a manifestarnos en contra de esta criminal e interminable "acción militar", que inflige un gran sufrimiento, no sólo a 10,000 kilómetros de distancia, en Bagdad, sino también en las comunidades del Bronx. Nuestra meta es salud para todos y no guerra para todos.

